

INTERPRETAR LAS FIRMAS: LA DISEMINACIÓN DE LA HUELLA COMO CRÍTICA AUTOBIOGRÁFICA

Lorena Fioretti Katz
(UNC-CONICET)

“Ya no se trata de saber quién escribe, o por qué se escribe, sino saber qué cosa es escribible, pregunta que al deshumanizarnos, nos enfrenta al desierto de la Historia.”

Nicolás Rosa

Partiremos de un cierto sismo que podríamos decir tuvo lugar en el mayo del 68 y que generó numerosas discusiones, entre ellas, la que interpela en sentido amplio la estructura antropológica que sostuvo a la modernidad. Es en este espacio en el que surge la pregunta por un *más allá* del sujeto o por lo que vendría a reemplazar esta estructura o mejor dicho, este tema (*subjet*). En el invierno de 1989, *Cahiers du Confrontation*, la revista dirigida por René Major, invitó a pensar la vieja cuestión del sujeto: “quién viene después del sujeto”, pregunta iterada en épocas de discursos de clausura y muerte de un sujeto que parece, por el contrario, continuamente revitalizado. Escribieron, entre otros, Etienne Balibar, Maurice Blanchot, Gilles Deleuze, Philippe Lacoue-Labarthe, Jean-François Lyotard, Jacques Ranciére, Jean-Luc Marion. La participación de Nancy y Derrida fue un diálogo que ambos sostuvieron en torno a algunas cuestiones que atañen a la gramática del sujeto. Derrida abre este diálogo con las siguientes palabras:

No ha habido jamás para nadie El Sujeto, he allí lo que quisiera comenzar por decir. El sujeto es una fábula, tú lo has mostrado bien, y esto no significa dejar de tomarlo en serio (es la seriedad misma), sino interesarse en aquello que una fábula de este tipo implica en cuanto a palabra y ficción convenida.
(2005, versión digital)

Al hilo de su crítica al logofonocentrismo occidental, Derrida quiere señalar la clausura, mostrando –se trata de presencias y de ausencias– los límites de esta construcción del

sujeto que ha estado signada por el ser-yecto –o puesto-debajo– de la sustancia o del substrato, con sus consiguientes cualidades de estancia o de estabilidad, de presencia permanente, de mantenimiento en la relación a sí, aquello que enlaza al “sujeto” a la conciencia, a la humanidad, a la historia. En esta escena, la subjetividad es lo *propio* del hombre (y es sólo del hombre, otra línea abierta que no podremos seguir aquí), su pertenencia, lo que se muestra como lo original y el origen. Estas ideas se condensan en el *nombre propio*, como unidad que genera un determinado texto y que sella su filiación mediante la firma en el supuesto de la identidad. Y creemos, imaginariamente, encontrar este referente en la primera persona de la enunciación. Es esta axiomática la que avala una única interpretación del texto “sintetizada en un pensamiento que, a su vez, unifica un texto único, y el nombre único del ser, de la experiencia del ser. Esa unidad y esa unicidad se sostienen entre sí, mediante el valor del *nombre*, ante las amenazas de la diseminación.”(Derrida, 1998: 58) El nombre asegura, evita el riesgo que implica cualquier contradicción, pues las mismas encontrarán, en ocasiones, forzosamente, el ajuste necesario para que el texto siga diciendo Uno, junto a quien suscribe bajo firma ese texto. Relación que aparece porque en el pensamiento occidental pensar y decir ha sido siempre pensar algo que fuese uno y no pensar-decir algo, era perder el *logos*, perder la razón, estar enajenado, fuera de sí, desubjetivado, finalmente, loco.

Ahora bien, si lo que se ha dominado posestructuralismo (en un gesto erróneamente unificador) defiende un pensamiento de la diferencia, que aboga por sostener que la oposición o la contradicción ya no legislan, ni son una ley prohibitiva para el pensamiento, creo que es posible repensar, deconstruir esta relación a partir de la que Derrida pone en escena mediante la interrogación a la escritura, desbaratando el sentido común que toma a la misma como copia. La escritura entendida como huella, no es ya la marca que dejaría un sujeto sino precisamente por lo que el sujeto adviene. Si hay algo que permanece es justamente esa huella como resto, como diferencia, como ausencia. La escritura supone la ausencia de quien escribe, pero también la *différance* que hace referencia a la iterabilidad del signo, es decir a la posibilidad de su repetición y a diferir el sentido. El texto o la escritura son una instancia (un

lugar no asignable, pero sin negatividad, sino como promesa), “por la cual el “quien”, un “quien” asediado por la problemática de la huella y de la *différance*, de la afirmación, de la firma y del nombre llamado propio, de la yección [jet] (antes que todo sujeto [sujet], objeto [objet], proyecto [projet]).” (Derrida, 2005: versión digital), sólo puede ser entendido en el marco del destino errante de los envíos.

Retomemos el hilo: partimos de la afirmación de que existe una relación entre la vida y la escritura (pues *la obra* sigue diciendo Uno, señalando una unidad del hacer), relación que podríamos entender como una *dynamis* dice Derrida en *Otobiografías*. Esta *dynamis*, esta fuerza, es una potencia que no se encontraría ni dentro ni fuera, no sería activa ni pasiva. Esta fuerza atraviesa los cuerpos, el del autor, pero también el de su escritura. En este marco el sujeto es entonces una hipótesis que nos permite sostener algunas preguntas, nunca la respuesta, ni el punto de llegada, ni el cierre ilusorio del texto. Hipótesis que delinea un destino, que promete un arribo, pero que posterga hasta el final, cuando se anuncia en la muerte.

Insistimos, lo que se ve cuestionado por el pensamiento derridiano es el origen y la causa como operación lógica en la búsqueda de una verdad del texto. Pero esta verdad no se agota en el “querer decir” de su presunto autor, y ni siquiera en un signatario pretendidamente único e identificable. Porque lo que se ve interpelado desde la deconstrucción derridiana de lo autobiográfico, o más específicamente del presupuesto metafísico del sujeto, es la axiomática de la identidad, la causa-efecto, lo cronológico como presentificación del presente –ya sea pasado o futuro–, finalmente el concepto de verdad como adecuación. Si podemos sostener a modo de hipótesis que el nombre de un pensador da origen a su pensamiento, sólo es en términos de *causa* entendida como litigio, como envite, como motivo de guerra; desde este lugar es posible abrirnos a otra lectura de lo autobiográfico. Una lectura abierta al eterno retorno de lo que adviene como acontecimiento, aquello que no se puede fechar, ni determinar, ni anticipar bajo la rúbrica de la lógica de lo identificable. Complicación ineludible que nos ubica frente a la imposibilidad de identificar el origen de un texto o de una vida “o el primer movimiento de una firma. Otros tantos problemas de linde”. (Derrida, 2009:44)

¿Y si ya no buscáramos la verdad como totalidad, ni como adecuación? ¿Y si prestáramos oídos a lo que se escucha como murmullo más allá de estos presupuestos? ¿Dónde quedaría el sujeto? ¿Dónde restaría el sujeto? O más bien, ¿Qué restaría del mismo? Y ¿cómo leer ese resto?

*

A corazón abierto es el título que recibe la traducción al castellano de una serie de entrevistas radiofónicas que tuvieron lugar en *France Culture* en 1998 en la que entre otras temáticas Derrida responde en relación al carácter eminentemente autobiográfico de su obra.

Estoy convencido de que, en cierto modo, cualquier texto es autobiográfico y esa “tesis” se vuelve a encontrar dentro de esos escritos así llamados autobiográficos. /.../ Creo, de hecho, que habría que desconfiar tanto de la apariencia no autobiográfica de mis textos así denominados antiguos como de la apariencia autobiográfica de mis textos llamados recientes. (Derrida, 1998: versión digital)

Siempre se puede trazar una red con esas marcas que lo único que podrán hacer es multiplicar las referencias y las diferencias, abrirse al universo infinito de los textos, al camino diseminante de la letra... “porque las interpretaciones no serán lecturas hermenéuticas o exegéticas, sino intervenciones performativas en la reescritura política del texto y su destinación.”(Derrida, 2009:76) En este sentido, Derrida sostiene en *La tarjeta postal* que desde el momento en el que algo se lanza al mercado literario, pero también podríamos decir al universo textual, la huella se separa del signatario y del destinatario, cae en el mundo, un tercero dispone de ella. Sólo de esta manera es posible que algo pueda ser llamado literatura. Desde esta perspectiva, si existe alguna posibilidad de crítica, esta consistiría en levantar acta de esta tragedia, de esta necesidad, que es una amenaza pero también una oportunidad de hablar. El riesgo de perversión del sentido y de deriva, es decir, de interpretación diseminante, es irrenunciable para quien escribe, pero también para quien lee. La oportunidad es también y al mismo tiempo una amenaza, escribir es entonces asumir en

cada momento esta *destinerrancia*. Doble postulado en el que se sostiene todo el pensamiento derridiano, indecibilidad a la que apuesta en un gesto que asume el riesgo de pensar sin amarras, sin certezas, sin nada ni nadie que asegure la verdad del decir.

La propuesta de la escritura entendida como huella nos permite pensar el origen siempre dividido, pero en otro sentido, también perdido. ¿Por qué escribimos entonces? Si el nombre no se encuentra antes de un pensamiento sino que es su objeto, el acto de la escritura tal vez sea el esfuerzo constante por escribir-nos. Y así, de alguna manera, sujetarnos a la vida, multiplicando los sentidos posibles de esta huella. Pero este acto se produce siempre a partir de una tensión, de una interrupción, “desde la herida de una disimetría” (Fathy-Derrida, 2004:82), donde la memoria que funda al sujeto se organiza de algún modo. Este acto inaugural se da en el desajuste, en la desarmonía. Y es por esta inadecuación, “desde el vencimiento del caer, en la caída, en la fecha del caer o de decaer cuando guarda aquello que cuida”. (Fathy-Derrida, 2004:82)

La conferencia titulada “Ulises gramófono: el *oui-dire* de Joyce” pone en escena algunas de las nociones que posibilitan el hacer deconstructivo del que nos ha hablado hasta el hartazgo Derrida pero que sin embargo, seguimos creyendo que se trata de un método. Seguir alguno de los fragmentos de esta conferencia tal vez nos ayude a pensar este hacer que consistiría básicamente en un modo de anudar (tal vez se trata de la compleja figura del nudo) la *propia* vida con las letras, un modo de hacer-deshaciendo el texto pretendidamente original. La conferencia es un recorrido marcado ya no solamente por la lectura, sino más bien por la escucha, por una escucha deconstructiva (entendida como más de una lengua), una escucha de resonancias en su propia experiencia, en su propia lengua, una asociación con los significantes que se anudan y acontecen en un decir. Derrida intenta escuchar el Ulises de Joyce en un gesto a la vez provocador e inaugural que tiene lugar en esa conferencia en relación a un texto infinitas veces visitado. Esta insistencia en el oído es un gesto típicamente nietzscheano, es uno de los modos de señalar un *más allá* de las lecturas de los significantes, de los fonemas, de las palabras en una relación lineal con las cosas y con otras palabras. Y este *más allá* no puede más que plantearse en el límite, en la frontera

de lo que es posible escuchar. Un *más allá* que no es otra cosa que pueda ser reapropiada por el lenguaje, sino aquello que señala el límite y que como tal, resignifica en el vacío las fronteras del lenguaje. Se trataría para Zaratustra de “oír con los ojos”, no para desplazar el límite, sino para dejarse interrogar por el mismo, por aquello que interrumpe la unicidad del lenguaje o lo que es lo mismo, lo psicológico del sujeto, lo *propio* del ser, aquello que insiste de formas múltiples como lo que *no deja de escribirse*, en palabras de Lacan, pero que se escapa en un gesto de soberanía sin igual. Hay ahí en lo escrito, algo que resiste a las reapropiaciones del lenguaje y del sujeto que se han organizado histórica y filosóficamente en torno al “motivo de la vibración sonora (*Erzittern* hegeliano) lo mismo que al de la proximidad del sentido del ser en el habla (*Nache* y *Ereignisheideggerianas*).” (Derrida, 2006:26) Quizás no se trate de leer de otro modo, sino de prestar oídos, un tender hacia lo impensado, lo reprimido, lo rechazado; teniendo en cuenta sus claras diferencias. Y eso otro impensado no es un margen blanco, algo de otro orden, vacío, virgen, “sino otro texto, un tejido de diferencias de fuerzas sin ningún centro de referencias presentes.” (Derrida, 2006:30) La búsqueda se restringe así a lo escrito, al texto mismo, o más bien a la lógica textual. Lógica que señala las cosas del mundo, pero en la forma de la huella, de la diferencia, donde se desborda y estalla el sentido. ¿Dónde ha pasado el cuerpo del texto cuando el margen no es ya una virginidad secundaria, sino una reserva inagotable, la actividad estereográfica de un oído completamente distinto?” (Derrida, 2006:30)

El texto empieza diciendo “*oui, oui* ustedes me escuchan bien es francés” (1990:95) porque se trata de una conferencia que tiene lugar en Frankfurt pero que Derrida pronuncia en francés, idioma con el que irá comparando el texto literario en su “lengua original”. Porque al fin y al cabo siempre se trata del gran tema de la traducción, de cómo traducir aquello que vivimos, en la escritura; de cómo traducir la experiencia sensible a la lengua. Y luego, cómo traducir en diferentes lenguas ese límite que señala cualquier lenguaje. Pero con esto no quiero decir que habría vida antes de la escritura (y aquí estoy jugando con el concepto de huella mnémica de Freud, la vida adviene gracias a una escritura psíquica). Si la traducción siempre se da

a partir de una huella lo que hay es un desajuste, la imposibilidad de recorrer el camino inverso, sólo hay destinos trancos y errancias en el camino diseminante de la lectura y la escritura.

La lectura de Derrida está signada –marcada podríamos decir– por los avatares de su existencia, a la cual estas mismas lecturas marcan:

Puesto que me encontraba en Tokio hace más de un mes, fue allí donde empecé a escribir esta conferencia, o más bien a dictar lo esencial de ella a un magnetófono de bolsillo. Decidí ponerle la fecha, pues fechar es firmar, de esa mañana del once de mayo. (1990: 112)

Más adelante sigue:

Le pido a Rabaté que espere un segundo, subo a mi habitación, echo una hojeada sobre la página de notas y un título me atraviesa el espíritu con una especie de brevedad irresistible: el rumor (juego de palabras entre *oui-dire*, que con diéresis en la *i* significa rumor) de Joyce. Ustedes me oyen bien, el decir sí de Joyce pero también el decir y el sí que se escucha, el decir sí que discurre como una citación o un rumor circulante, circunnavegante por el laberinto de la oreja. (1990: 116)

No es la primera vez que Derrida juega con el oído, con la escucha, ya en *Otobiografías*, sostiene que fue el pensador de la vida, como se lo suele llamar, el único que puso en juego su nombre, sus nombres, pero para escuchar de otro modo. ¿Y si se tratara de eso?

Hay que estar atentos a esto: el *omphalos* con el que Nietzsche los obliga a soñar se parece a un oído y una boca, tiene sus pliegues invaginados, su orificialidad involuta, y su centro se esconde en el centro de una cavidad invisible, inquieta, sensible: sensible a todas las ondas, procedente o no de afuera, emitidas o

recibidas, siempre transmitidas por el trayecto de circunvoluciones oscuras. (2009: 83)

La conferencia termina abruptamente: “Decidí detenerme aquí porque estuvo a punto de sucederme un accidente en el momento en el que garabateaba esta última frase” (1990: 148). Podríamos pensar que con este final se quiere señalar lo ficticio, lo azaroso de cualquier intento de concluir o dicho de otro modo, cualquier final es siempre una ilusión necesaria para dar lugar a la infinita escritura de la lengua. Pero, por otro lado, esta afirmación del *oui, ouïdire*, es también un murmullo¹ para el que tal vez sea necesario oír de otro modo, acallar quizás sólo por un instante el parloteo incesante de nuestra sociedad occidental.

Epílogo

Estoy leyendo un texto de Sarduy que dedica o más bien que está destinado, que hace del destino de Barthes, su objeto de escritura; cuando recuerdo que es también Derrida –en una compilación en el que se reúnen una serie de escritos que destina a la muerte de algunos de sus amigos bajo el título *Cada vez última el fin del mundo* y que se cierra con un texto que sus herederos escriben en ocasión de la suya. Me pregunto si leer y escribir no es el intento de recobrar la-vida-la-muerte del otro en la dispersión de su escritura como la recepción de una herencia que se abre siempre desde el porvenir. No para saber, ni para dar sentido, no para decir la verdad de una vida. Tal vez, interpretar las firmas en la diseminación de la huella implica asumir que la escritura es de alguna manera la cifra, el enigma de una crítica autobiográfica; el intento siempre fallido de dar un sentido a la existencia como *destinarrancia* de los envíos.

Bibliografía

Fathy, Safaa; Derrida, Jacques (2004). *Rodar las palabras. Al borde de un film*, Madrid, Arena Libros.

Derrida, Jacques (2005). “Il faut bien manger”, Entrevista realizada por Jean-Luc Nancy. Versión castellana de Virginia Gallo y Noelia Billi.

¹ La palabra *oui-dire*, no sólo hace juego con la ambigüedad “sí-decir” y “decir-sí”, sino que si se escribe “ouï-dire”, recuerda por obvia asociación a “rumor”. Esta diéresis produce una indecidibilidad semántica.

Revisada por Mónica Cragolini, en *Confines*, nº 17, Buenos Aires, diciembre de 2005. Disponible en www.derridaencastellano.com.

.....(1998). "Interpretar las firmas (Nietzsche / Heidegger) Dos preguntas", Conferencia pronunciada en el ámbito del encuentro Gadamer-Derrida de abril de 1981, *Cuaderno Gris* Nº 3: 49-64.

....., (2006) [1989]. *Márgenes –de la filosofía*, España, Cátedra.

.....(2009) [1984]. *Otobiografías: la enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*, Buenos Aires, Amorrortu.

....., (1998). "A corazón abierto", entrevistas en "A voix nue" en France Culturel con Catherine Paoletti, en la semana del 14 al 18 de diciembre de 1998. Traducción de Cristina de Peretti y Paco Vidarte. Disponible en www.derridaencastellano.com.

....., (1990). "Ulises gramófono: el *oui-dire* de Joyce". Asensi, Manuel (ed.), *Teoría y Deconstrucción*, Madrid, Arco Libros: 81-134.

....., (2001) [1986]. *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, México, Siglo XXI Editores.

Rosa, Nicolás (1991). *El arte del olvido*, Buenos Aires, Puntosur.